



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Talentos para compartir

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 25, 14-30 (33^{er} Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo A – 19 de Noviembre de 2017)



El inicio y el final del año litúrgico no están determinados por el año civil sino por la celebración de algunos momentos significativos de la vida de Jesús de Nazaret. El inicio lo determina la celebración de la navidad al que antepone un tiempo de preparación que llamamos adviento. El final, que lo estamos viviendo en estas semanas, más que la celebración de un

acontecimiento especial en la vida de Jesús está determinado por la invitación a revisar, a examinarnos interiormente o a hacer un balance de cómo hemos dejado acontecer a Dios en este año que estamos a punto de terminar. El tono, que los biblistas llaman “escatológico”, lo dan las parábolas de Mateo que estamos leyendo: las doncellas prudentes y necias, el “juicio final” (que reflexionaremos el próximo domingo) y, hoy, la de los talentos. En el fondo hay tres preguntas que debemos contestar con honestidad y humildad: ¿Hemos estado despiertos y atentos para discernir el paso de Dios en la historia y hacernos cargo de la realidad desde los valores del Evangelio? ¿Tenemos las alcuza llenas de los valores que impregnan el proyecto histórico de liberación de Jesús de Nazaret? ¿Hemos evangelizado nuestra mirada de modo que seamos capaces de ver en los demás a Jesús y escuchar de sus labios el “conmigo lo hicisteis”? ¿Hemos aprovechado los talentos recibidos y los hemos puesto al servicio de los más débiles?

A Dios le rendimos cuentas. Como una reacción a la predicación de un Dios justiciero e implacable, al que era más fácil temerle que amarle, puede surgir la tentación del “buenismo destructivo” que, “en nombre de una misericordia engañosa”, edulcora las exigencias propias del seguimiento de Jesús. La exigencia no es incompatible con el amor, de hecho, como lo podemos constatar con múltiples ejemplos de nuestra vida, las personas que más nos han ayudado a ser lo que hoy somos no son las que nos han adulado o han cerrado los ojos ante nuestros errores, sino las que nos han exigido para ayudarnos a sacar lo mejor de nosotros mismos, a estimular esa actitud que ahora llamamos resiliencia. La parábola de los talentos es el encuentro con un Dios que nos ama profundamente y, precisamente porque nos ama, nos pide cuentas de lo que hemos hecho con los dones recibidos y con las oportunidades que nos ha dado Él, la vida y la comunidad.

Talentos según la capacidad de cada persona. La pedagogía de Dios es asombrosa. No distribuye los talentos siguiendo el criterio de la equidad, a todos por igual, sino

respondiendo a las capacidades de cada persona de forma que los talentos no se conviertan en una carga gravosa o en una causa de infelicidad y frustración sino en una oportunidad para potenciar al máximo su ser y su misión. En sentido análogo, Dios da a la comunidad diferentes carismas según las diferentes capacidades de sus miembros: “constituyó a unos apóstoles; y a otros, profetas; y a otros, evangelistas; y a otros, pastores y maestros...” (Efesios 4,11). La constatación de la diferencia de talentos recibidos, lejos de ser motivo de malestar, ha de ser una llamada a valorar la diversidad de capacidades y carismas y una oportunidad para potenciar las aportaciones que cada uno puede hacer a la causa del reino. La diversidad es una riqueza que adorna la vida humana. La uniformidad, al contrario, empobrece notablemente la experiencia de ser y vivir con otros.

Talentos y responsabilidad ética. Los talentos no son adornos para agrandar nuestro ego, son dones para compartir con los demás. En este punto tomo unas acertadas palabras de José Enrique Ruiz de Galarreta, sj: “los talentos recibidos se convierten en necesidad de servir a los hermanos. Yo no puedo hacer nada por Dios pero sus hijos sí que necesitan. Dios ‘no está’, es como el amo que se ha ido a lejanas tierras, pero sus hijos sí están. Dios no tiene necesidades, pero sus hijos sí las tienen. Sus hijos no tienen ‘talentos’, pero yo, su hermano, sí. El Padre espera de mí que sea hermano, que comparta. Lo que se me ha dado, se me ha dado para todos. Yo tengo talentos para que haya talentos en el mundo. Y esto se aplica al dinero, a la inteligencia, a la cultura, a las cualidades... ‘Todo es vuestro, a vos, Señor, lo torno’. ¿Cómo ‘lo tornamos’ a Dios? Ofreciéndolo a sus hijos. Y no como generosidad, sino como algo debido. No es mío, es don, recibido para que todos lo tengan”. Decía Machado: “Moneda que está en la mano, quizá se deba guardar; la monedita del alma se pierde si no se da”.

Rendimos cuentas pero no tememos. Es verdad que somos responsables de poner los talentos al servicio de los demás. No obstante, cuando equivocadamente los guardamos por temor a un Dios meticuloso que recoge donde no siembra, es que no hemos conocido al Dios de Jesús, al Abbá, que nos comparte sus dones para construir un mundo distinto, un mundo a su manera. Demos, démonos sin temor. El Señor reconoce nuestros esfuerzos.

Termino con San Ignacio: “Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me los disteis, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia que ésta me basta”.